

UCRANIA: LA DESINFORMACIÓN COMO ARMA DE GUERRA

Juan Rodríguez Garat
Almirante retirado

Una mentira repetida mil veces se convierte en verdad
Atribuida a Joseph Goebbels

...o no

Anónimo

SÍNTESIS

En la guerra moderna, tan difícil como derrotar al enemigo es alcanzar una paz que satisfaga los objetivos políticos del vencedor. Ambos logros, pero particularmente el segundo de ellos, dependen de la capacidad de armonizar lo que ocurre en el campo de batalla con acciones en el dominio cognitivo destinadas a legitimar la campaña y sus resultados. La Guerra de Ucrania no es una excepción. Si el Kremlin quiere que la comunidad internacional de por buena la conquista de grandes extensiones de territorio en el país vecino, necesita presentarse como agredido, no como agresor. Necesita que los ciudadanos de Occidente le veamos como liberador, no como conquistador. Falta de argumentos, Rusia dedica tiempo y recursos a promover una intensa campaña de desinformación que no ha conseguido seducir a la mayoría, que rara vez nos confunde pero que, a veces, consigue distraernos.

PALABRAS CLAVE: UCRANIA, RUSIA, GUERRA HÍBRIDA, DESINFORMACIÓN, PROPAGANDA, CIBERDEFENSA.

SORPRESA, SORPRESA

Además de sorprendernos a la mayoría por el aparente anacronismo del hecho en sí¹, la Guerra de Ucrania ha obligado a los pensadores militares a enfrentarse a una realidad muy diferente de la que casi todos esperaban. Como ocurre con todas las grandes guerras —y esta lo es— las lecciones que consigamos aprender de los éxitos y fracasos

(1) Siempre hay alguno que, a posteriori, asegura que a él no le sorprendió. Pero no es mi caso.

de los ejércitos que hoy luchan en el este de Europa van a cambiar no solo la forma en que los militares combatimos, sino también la forma en la que los gobiernos afrontan sus desafíos de seguridad².

Apenas dos meses antes de la invasión, se publicaba en España la Estrategia de Seguridad Nacional 2021. Un trabajo, como cabría esperar, falto de concreción —al fin y al cabo, es un documento político— pero equilibrado, que analizaba riesgos y amenazas tal como se veían en el momento en que vio la luz. ¿Cuántas de sus páginas sirven hoy como ese “marco político-estratégico de referencia” con que el documento se definía a sí mismo hace poco más de un año? No, no es una pregunta retórica. Si los analistas que en su día lo redactaron tuvieran la oportunidad de reescribir el capítulo 3, dedicado a valorar las amenazas y los riesgos a que habríamos de enfrentarnos en un futuro próximo, quizá decidirían dejar intactos solo tres de sus párrafos: los dedicados a las campañas de desinformación³.

Decía Bernard Shaw que las predicciones se hacen más difíciles cuando se refieren al futuro. Sería ventajista que quienes tampoco hemos sido capaces de predecir la anticuada guerra de conquista desatada por Putin en nuestro continente, critiquemos una Estrategia de Seguridad Nacional que en su día nos pareció bastante razonable. Yo mismo, sin ánimo de señalar, el día que Putin dio la orden de comenzar la invasión tenía prácticamente listo un artículo sobre la guerra en el ciberespacio que ¿por qué negarlo? abandoné avergonzado en el mismo momento que los carros de combate rusos hicieron su aparición en el espacio físico de Ucrania.

Quizá sea que me falta perspectiva pero, si ahora volviera a empezar ese fallido artículo —que es, como habrá percibido el lector sagaz, justo lo que estoy haciendo— escogería como tema la desinformación. ¿Por qué? Porque la ciberguerra de la que antes me ocupaba, como hipotética alternativa a la guerra real o, incluso, como complemento de otras acciones de carácter cinético, nos ha decepcionado. Los efectos de los ataques cibernéticos, que desde luego los ha habido por ambas partes, palidecen cuando se comparan con los del impacto de los centenares de misiles lanzados contra la infraestructura ucraniana.

(2) Solo espero que la ley del péndulo no lleve el cambio demasiado lejos. No sabemos cómo será la próxima guerra, pero seguramente no se parecerá nada a la de Ucrania.

(3) Pensaba en Rusia el redactor del documento cuando destacó que «por su potencial peligrosidad, cabe señalar las estrategias de desinformación de actores extranjeros, tanto estatales como no estatales, que desarrollan aparatos de propaganda con la intención de polarizar a la sociedad y minar su confianza en las instituciones».

En cambio, es probable que, si la guerra se alarga tanto como parece que va a hacerlo, sea en el espacio cognitivo, tan vulnerable a la desinformación y a la propaganda, donde esté en juego el éxito o el fracaso de los planes de Putin⁴. Y, con ellos, al menos en parte, el futuro del complejo entramado en que se basa la paz y la seguridad de Europa.

EL ARMA Y EL MÓVIL

Todo esto, desde luego, lo sabe Putin. La doctrina militar rusa reconoce desde hace años el papel decisivo que en la guerra moderna juegan la propaganda, la subversión política y, en general, las acciones de combate en el dominio de la información⁵. Sin ellas, sería difícil alcanzar la victoria. Y aún más difícil sería —y ese es un objetivo contra el que se ha estrellado a menudo el occidente colectivo— crear una paz favorable a los intereses políticos del vencedor.

Dirá el lector suspicaz que toda guerra tiene dos bandos. Y es verdad. También Zelenski, un buen comunicador que ha resultado ser un duro enemigo para el líder ruso en la guerra por nuestros corazones y nuestras mentes, reconoce la importancia del espacio cognitivo. Antiguo actor, no desdeña ninguna oportunidad de jugar sus bazas en un terreno en el que se mueve como pez en el agua. Pero la campaña que protagoniza el animoso presidente ucraniano se ve facilitada por el hecho de que su país ha sido brutalmente atacado por un vecino más poderoso.

Kiev no necesita deformar una realidad que le favorece. Si acaso, la exagera todo lo que puede. Como ocurre en todas las guerras, si creemos a cualquiera de los bandos enfrentados en Ucrania el enemigo estaría sufriendo incontables bajas⁶ y apenas conseguiría dañar hospitales o escuelas y asesinar a mujeres y niños. Pero relatos así

(4) O lo que quede de ellos, porque en este caso parece cierto el aforismo de que ninguno de los trazados hasta ahora ha resistido el primer contacto con el enemigo.

(5) Si el lector está aburrido, puede encontrar en Google el texto completo o, aún mejor —porque es bastante extenso— extractos escogidos de un artículo del Jefe de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas rusas, Valery Gerasimov, que ya en 2013 delimitaba la doctrina que Putin ha intentado aplicar en la Guerra de Ucrania.

(6) Según las cifras dadas por Moscú, cada uno de los aviones de combate que tenía Ucrania al comenzar la guerra ha sido derribado más de dos veces. Sin duda Kiev exagera igual, pero, dado el enorme volumen del ejército ruso, tiene más margen para hacerlo sin que se note tanto.

carecen de interés para nuestro ensayo porque no tienen recorrido alguno. Aunque algunos finjan hacerlo, nadie se los cree. Pertenecen por derecho propio al campo de la desacreditada propaganda de guerra⁷, más que al de la desinformación.

Si tenemos que aprender algo de lo que ocurre en el espacio informativo que rodea a Ucrania, es más interesante analizar la campaña desde la perspectiva rusa. Por una parte, porque el Kremlin tiene herramientas eficaces y bien rodadas para la desinformación. Herramientas centradas en las poderosas redes sociales, pero en las que arriman el hombro las embajadas, las agencias de noticias estatales y unos pocos intelectuales —siempre los mismos— a veces pagados y a veces no, pero que por convencimiento o interés repiten hasta la saciedad las consignas que llegan desde Moscú.

No conocemos demasiado bien el funcionamiento real de las redes rusas de desinformación, ni como se financian o hasta qué punto se coordinan las distintas voces que participan en ellas⁸. Pero sí hemos podido percibir sus efectos, porque han sido utilizadas en años recientes para intentar influir en los procesos electorales en los EE.UU. o, más cerca de casa y tal como se ha demostrado recientemente, para tratar de debilitar a España y a Europa aprovechando el problema que supone el separatismo catalán.

Pero no se trata solo de que Putin disponga de armas más poderosas que las de Zelenski para dar la batalla en el dominio de la información. Tiene también un móvil convincente para emplearlas. Fracasado el aventurado asalto inicial, si todavía quiere derrotar a Ucrania en esta guerra que quiso ser un esprint y se ha convertido en una carrera de fondo, Rusia tiene que aislar a su enemigo de los países que le proporcionan financiación y armamento.

(7) Suele decirse, con bastante razón, que la primera víctima de la guerra es la verdad. Sin embargo, la creatividad del ser humano ha abierto vías nuevas para ganar credibilidad, que ilustraré con un ejemplo referido a Ucrania para que no se me acuse de sesgado. El Estado Mayor General de Zelenski anuncia que Rusia está perdiendo efectivos a un ritmo más alto que nunca. El Ministerio de Defensa británico se hace eco del anuncio y, sin valorarlo, lo atribuye al Estado Mayor General. Inmediatamente, la noticia aparece en la prensa ucraniana como si proviniera del Ministerio de Defensa británico. Un poco patético, pero seguramente efectivo para engañar al lector menos atento.

(8) El Centro Europeo de Excelencia para la lucha contra las amenazas híbridas asegura que en las campañas rusas juega un importante papel una pléyade de cuentas artificiales en las redes sociales, controladas por ciberactivistas a sueldo del Estado que trabajan desde «fábricas de troles» en San Petersburgo. Pero, en la era de la desinformación, ¡vaya usted a saber!

El más somero análisis estratégico nos sugiere que el centro de gravedad del esfuerzo bélico ucraniano es el apoyo occidental y, sobre todo, el de los EE.UU. El Kremlin, que tiene esto muy claro, ha atacado repetidamente ese talón de Aquiles mediante amenazas, tanto militares como de naturaleza económica. Pero el intento de chantaje ha fracasado: casi nadie cree ya que Putin vaya a recurrir al arma nuclear y, un año después, Europa parece haber aprendido a vivir sin el gas y el petróleo rusos. Las cosas están como están: mientras en Europa y Norteamérica se alistan los carros de combate que llegarán a Ucrania en primavera, la única arma que le queda al líder ruso para intentar evitarlo, o al menos retrasarlo, es la mentira. Dicho esto, es probable que Putin no vea la situación como desesperada. Después de todo, mentir se le da bastante bien⁹.

Por si no fuera suficiente el desafío al que se enfrenta el líder ruso, es bueno recordar que no le basta con ganar la guerra. Igualmente, importante para el Kremlin es gestionar la paz posterior. Si cuando termine el conflicto quiere salir del aislamiento, librarse de las sanciones y regresar a una cierta normalidad en sus relaciones internacionales —algo que no consiguió tras la «anexión» de Crimea y que necesariamente pasa porque el resto del mundo reconozca sus conquistas en territorio del país vecino— tiene que hacernos creer que su causa es justa. Tiene que convencernos a usted y a mí, y a muchos como nosotros en los Estados Unidos y en Europa, para que nuestros gobernantes, que necesitan nuestros votos —y el gobierno norteamericano, que necesita los de sus ciudadanos— se resignen a dar Ucrania por perdida.

UN CIERTO DESCONCIERTO

No hay nada en la doctrina bélica rusa particularmente novedoso. Lo que hoy llamamos *guerra híbrida* ha existido siempre con otros nombres. La desinformación y la propaganda, también. El desafío que supone integrar las campañas en los dominios físico y cognitivo tampoco nos sorprende demasiado. Las dificultades ya se hicieron evidentes hace medio siglo, durante la Guerra de Vietnam. Entonces, la necesidad de armonizar las acciones tácticas sobre el terreno con las editoriales de los periódicos y las imágenes en los telediarios hizo

(9) No lo digo por ofender. A mí Putin me convenció cuando calificó las advertencias de Biden sobre la inminente invasión como producto de la histeria occidental. ¡Así de ingenuo es uno!

perder el sueño a los presidentes norteamericanos... y, de paso, a juicio de muchos analistas, hizo perder la guerra a sus ejércitos.

Si analizamos la campaña rusa en Ucrania no podemos dejar de notar dificultades parecidas. Se diría que, en las primeras semanas, Putin no llegó a saber bien a qué carta quedarse. ¿Era aquello una invasión o una intervención casi política como la de la Primavera de Praga, concebida para derribar el régimen de Zelenski y apoyar a un sucesor impuesto por Moscú? ¿Serían las tropas rusas recibidas como fuerzas de paz o como un ejército invasor? En la duda, el deseo de no hacer demasiado daño a un ejército ucraniano al que esperaba convencer para que le facilitase una suerte de golpe de estado¹⁰ privó a sus columnas mecanizadas de la pegada que habrían necesitado para superar la desorganizada defensa de las unidades que precipitadamente les salieron al paso.

Perdida la iniciativa y desperdiciada la sorpresa inicial¹¹, Rusia parece orquestar sus campañas tácticas para que resuenen en el espacio informativo, más que para tratar de derrotar al enemigo. Si analizamos sus acciones a la luz de los principios de la guerra, Putin parece haber renunciado a la sorpresa para tratar de dar la impresión de que tiene la situación controlada¹². Ha cedido la iniciativa durante largos períodos, propiciando los exitosos contrataques ucranianos en Járkov y Jersón, para conseguir modestas victorias en el frente de Lugansk. Victorias pírricas desde el punto de vista operacional, aunque útiles para dar moral a la sociedad rusa, decepcionada con el curso de la guerra. Por último, en un análisis que no pretende ser ni académico ni exhaustivo, Putin ha renunciado al principio esencial de mantenimiento del objetivo, no solo sobre la tierra ucraniana —donde las idas y venidas en los suburbios de Kiev, Chernígov, Sumy, Járkov,

(10) En los primeros días de la guerra, Putin no se privó de decir públicamente que con los militares ucranianos se entendería mejor que con Zelenski.

(11) Desperdiciada hasta cierto punto. Rusia no consiguió una ventaja decisiva para ganar la guerra, pero los avances en el sur de Ucrania le han proporcionado una importante baza estratégica, dando a la península de Crimea un enlace por tierra con Rusia y una defensa en profundidad de la que carecía.

(12) A finales de marzo, Putin ordenó la retirada de Kiev alegando que, en realidad, la ofensiva sobre la capital no era más que una finta para engañar al ejército ucraniano, porque su objetivo real era el Donbás. Pero finta, en ruso, debe querer decir otra cosa. Después de estas declaraciones públicas, todavía tardó 19 días en comenzar la ofensiva, precisamente donde la había anunciado. Nada tiene de extraño que, con tanto preaviso —¿qué diría Sun Tzu? — fracasara la maniobra de envolvimiento de las fogueadas unidades ucranianas que, diez meses después, todavía defienden casi la misma línea.

Mikolaiv y Jersón han costado sangre y esfuerzo sin provecho alguno— sino en sus erráticas campañas de targeting.

Pero, ¿qué es lo que ha pasado con el targeting? Si hacemos memoria, recordaremos que los rusos usaron sus primeros misiles de largo alcance para intentar descabezar y debilitar al ejército ucraniano. Nada más conforme con la doctrina militar, aunque lo hicieran sin excesiva convicción por las razones ya explicadas. Sin embargo, esta fase ortodoxa no duró demasiado.

A las pocas semanas, bajo la presión creada por las quejas de los influyentes blogueros militares, que criticaban la impunidad con que las armas occidentales llegaban a su destino en las zonas de combate, los misiles rusos tomaron como objetivo la infraestructura de transporte. Pero Ucrania es muy extensa y las armas modernas, aunque precisas, son caras y escasas. En realidad, la campaña buscaba un imposible, sin más finalidad que la de transmitir la falsa idea de que «se estaba haciendo algo» para poner freno a ese tráfico, letal para los intereses de Rusia y desmoralizador para los soldados que morían en el frente.

En el momento de escribir este artículo, sin haber llegado a completar ninguna de las campañas anteriores, el Kremlin ha vuelto a cambiar el objetivo y emplea su menguado arsenal de misiles de precisión para bombardear cada diez o doce días las instalaciones eléctricas de las grandes ciudades ucranianas, en una acción tan criminal como inútil —Ucrania no se va a rendir porque a ratos le falte la luz, el agua o la calefacción— pero que complace al sector más nacionalista de la sociedad rusa.

A la vista de los hechos, bien podría decirse que el mando militar ruso se ha sentido obligado a renunciar a considerar los principios de la guerra y, con ellos, a aplicar algo tan crítico como el buen sentido en las operaciones militares, para intentar favorecer los resultados de su campaña en el dominio cognitivo. Se trata, sin duda, de una imposición política, quizá motivada porque Putin prefiere poner más carne en el asador donde la apuesta le parece más alta. Vayamos por orden. En los frentes de Ucrania, Rusia se juega la victoria. Pero Putin sabe que, si las cosas van mal, puede salvar los muebles y vivir sin ella porque nadie va a invadir su propio territorio. En las calles de las capitales de occidente, esa Rusia vencedora o vencida —aunque el resultado con mucho más probable sea el de tablas— se juega su futuro político y económico. Por último, en los corazones y las mentes de los ciudadanos rusos, Putin se juega su poder. Personalmente, no tengo ninguna duda de qué es lo que más valora un presidente autocrático como él.

EL FRENTE DOMÉSTICO

Si este análisis es correcto, el verdadero centro de gravedad del esfuerzo bélico ruso hay que buscarlo en el frente doméstico: el apoyo popular a su presidente. Ese es el punto débil que Putin debe proteger, y armas no le faltan para hacerlo: una estricta censura de prensa que ha propiciado el cierre de todos los medios críticos con la guerra, y un código penal remozado para la ocasión, en el que contradecir los argumentos del Kremlin supone hasta 15 años de cárcel.

El dominio férreo sobre los medios de comunicación permitidos en Rusia le permite a Putin imponer su relato a sus conciudadanos pero, ¿cuál es ese relato? ¿Qué podemos encontrar en un día cualquiera en la prensa rusa? Como era de esperar, hallaremos promesas de victoria avaladas por datos sesgados y, a menudo, falsos sobre la marcha de la guerra. Datos parecidos, desde luego, a los que podemos encontrar en los medios ucranianos, pero con generosas concesiones al supremacismo que Zelenski, más atento a la opinión internacional, prefiere evitar¹³.

Junto a estas promesas, podemos leer las variadas justificaciones que Putin da a la invasión de Ucrania, en las versiones diseñadas para motivar al pueblo ruso, que van desde la compasión por el pueblo hermano de ucrania sometido al nazismo de sus líderes hasta el sueño imperial de la Gran Rusia y el derecho a recuperar unas fronteras históricas de las que, por alguna razón que nadie se preocupa de aclarar, depende su supervivencia como nación libre.

Podemos leer también, casi cada día, críticas a las potencias occidentales, que aparecen como únicas culpables de la guerra —solo en ese contexto se permite esa palabra prohibida— y que desde luego terminarán recibiendo su merecido, casi siempre por la vía nuclear que, en amplios sectores de la prensa rusa, parece tener un único sentido. Un general retirado defendía en un artículo reciente que si Rusia destruía el Reino Unido con un ataque por sorpresa, Biden no respondería. «¿Por qué desatar el apocalipsis por algo que ya no tendría arreglo?» se preguntaba el buen hombre que, a pesar de ser general, en su vida habría oído hablar de los Trident que los británicos tienen en sus submarinos estratégicos. Un artículo de Izvestia que todavía conservo aseguraba a los crédulos lectores que, en solo diez años, Europa entera sería un protectorado de Moscú —en las

(13) Solo el más feo supremacismo puede hacernos entender que Putin haya preferido atribuir el hundimiento del crucero Moskva a la incompetencia de la marina rusa, antes que reconocer un éxito de los ucranianos.

condiciones de la actual Bielorrusia— menos el Reino Unido, verdadera némesis de la opinión pública rusa por su liderazgo al oponerse a la anexión de Crimea, que habría sido destruido completamente por medio de armas nucleares.

Casi todos los días, entre bulos inimaginables y acusaciones tomadas de los medios occidentales y directamente invertidas¹⁴, es posible encontrar en los medios rusos artículos haciendo elogiosas referencias a la opinión de los pocos analistas que, en occidente, defienden la Guerra de Putin. Incluido, porque todo es bueno para el convento, algún compatriota nuestro. En el mismo Izvestia he encontrado el eco de las declaraciones de un coronel español, ya retirado, que no oculta sus sentimientos prorrusos.

¿Cómo reacciona el ciudadano ruso ante estas campañas? La mayoría, con disciplina, ya sea producto del convencimiento o del miedo¹⁵. Pero hay dos brechas que debilitan el muro de la propaganda. La primera, un verdadero quebradero de cabeza para el Kremlin, está en los canales de Telegram, donde se permite a los blogueros militares, algunos con cientos de miles de seguidores, criticar la campaña a condición de que lo hagan desde el nacionalismo más belicista... y sin culpar al propio Putin. Pensando quizá en preparar el camino para las exigencias de una guerra larga, el Kremlin prohíbe renegar de la «operación militar especial», pero en general tolera que se diga que el esfuerzo bélico no ha ido suficientemente lejos.

La otra brecha, menos perceptible, está en los comentarios que hacen los ciudadanos anónimos a las noticias de la prensa digital. Igual que en España, lo que allí puede leerse no es un termómetro fiable de la realidad. En general, solo escriben en estos foros los entrañables troles, sin cuyos insultos cualquier artículo parece incompleto, y quienes quieren protestar de la opinión publicada o de sus autores. Sin embargo, el tono de esas protestas, más frecuentes y más directas que en los primeros días de la guerra, podría ser indicio de una creciente insatisfacción de los ciudadanos rusos con la información que reciben del Kremlin¹⁶.

(14) Para dar fe de que no me lo invento, conservo la captura de pantalla de un artículo en el que se acusa a la OTAN de haber puesto en servicio un submarino apocalíptico con unos torpedos nucleares de nombre «Poseidón», en una imagen especular de lo ocurrido en la prensa occidental con el fiasco del submarino "Belgorod".

(15) Sea verdad o no, parece que la mayoría de los rusos piensa que es espiado a través de las redes sociales.

(16) Para muestra, baste este botón: un presunto experto militar aseguraba en un artículo que la razón de los éxitos de Ucrania en el pasado otoño era que había llevado

EL FRENTE EXTERIOR

Desde el punto de vista estrictamente militar, parece imposible que Ucrania pueda expulsar a Rusia de su territorio y, sobre todo, de los núcleos urbanos más próximos a la frontera sin atacar suelo internacionalmente reconocido como ruso, y eso es algo que, por mucho que esté justificado por las leyes del conflicto armado y se perciba como necesario y proporcional, conviene evitar. Nadie quiere provocar una confrontación nuclear. Por eso, Putin solo puede perder esta guerra —y, con ella, el poder— en las calles de Moscú o San Petersburgo. Pero solo puede ganarla en nuestras televisiones y en nuestras redes sociales porque, mientras siga apoyada por occidente, Ucrania es un bocado demasiado grande para las posibilidades bélicas de la Rusia de hoy.

Como ya hemos dicho, las amenazas de Putin no han acobardado a los gobiernos occidentales. Tampoco a los pueblos. Aunque todo ha ido más despacio de lo que Zelenski habría querido, línea roja tras línea roja han ido cayendo ante la evidencia de que, como dice la canción infantil, ya no hay quien tema al lobo feroz. ¿Qué alternativa le queda al Kremlin para dar contenido a la campaña de desinformación destinada a hacernos desistir del apoyo a Zelenski y a su causa? Empecemos por especificar la realidad que Putin querría trastocar ante nuestros ojos: Rusia ha invadido Ucrania y, aunque en su día negó tener ambiciones territoriales, ahora condiciona toda negociación de paz a que se le permita quedarse con cuatro de sus regiones. Para quien no tenga prejuicios, y por mucho que el Kremlin lo niegue, no es difícil llegar a la conclusión de que entre invasión y conquista hay una clara relación causa-efecto.

Así las cosas, no es de extrañar que, en esta pugna clásica por los corazones y las mentes de los pueblos de Europa y Norteamérica, se alinee contra Putin una mayoría social, construida a partir de las mentes de quienes apuestan por la paz o la legalidad internacional, y los corazones de quienes sienten esa simpatía natural por el más débil, esa compasión por la víctima que nos caracteriza a la mayoría de los seres humanos.

mejor la campaña de movilización. Sugería, por ello, que se bombardearan los centros de reclutamiento ucraniano, lo que bastaría para dejar inerte al ejército enemigo. Un ciudadano anónimo escribió al respecto: «*Este señor debe ser un tipo de experto en sofás*». Es esta una ironía que no se percibía en los primeros meses de la guerra.

A favor de Rusia se posicionarían tres colectivos bien marcados, aunque minoritarios. En primer lugar, los que admiran al autocrático líder ruso como modelo de autoridad, que podemos encontrar en el extremo derecho del espectro político norteamericano y, en menor medida, también en el europeo¹⁷. A ellos se unirían quienes, por sistema, se oponen sin reservas a cualquier iniciativa en la que participe el Gran Satán capitalista representado por los EE.UU. Todavía quedan muchos así en la nostálgica izquierda europea y en diversos grupos radicales y antisistema, ya sean de naturaleza religiosa o política. Por último, apoyarían a Putin los conspiracionistas, un heterogéneo y nutrido grupo que vive con el complejo de ser engañado por su gobierno —pero no por el ruso— y que no necesita campaña alguna para formular inverosímiles teorías sobre la realidad que ven sus ojos.

Aunque sea salirse del guion, no deja de ser interesante comparar el posicionamiento de las masas sociales antes esbozado con el de la invasión de Irak por los estados unidos. Entonces, la confluencia de los sentimientos de la mayoría silenciosa contraria a la guerra y de la más activa minoría contraria a los EE.UU. dio lugar a nutridas manifestaciones contra el presidente Bush en numerosas capitales europeas. Hoy, la mayoría pacífica y la minoría militante se alinean en campos opuestos, y eso ha llevado a nuestras calles un triste silencio que, por desgracia, solo sirve para dar alas al Kremlin, alimentando su esperanza de que, por desinterés si no por miedo, terminemos dando la espalda a la invadida Ucrania.

Pero dejémonos de digresiones y volvamos a la campaña de desinformación, de la que todos los ciudadanos occidentales, incluidos el lector y yo mismo, somos objetivo y, en ocasiones, víctimas. ¿Cómo puede el Kremlin legitimar la «operación militar especial» ordenada por Putin? No es tarea fácil. La Carta de las NN.UU. garantiza la integridad territorial de todas las naciones y solo permite el empleo de la fuerza en legítima defensa. Aunque fuera cierto que en el este de Ucrania se maltratase a los ciudadanos de etnia o lengua rusa —una de las excusas más viejas de la larga historia de la guerra— Rusia no tiene ningún derecho a enviar a su ejército a protegerlos si no media una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU.

Si Putin quiere dar legitimidad a la invasión de Ucrania, es imprescindible que transmita la idea de que se trata de una reacción

(17) No deja de sorprender el que la gran mayoría de los movimientos neonazis del mundo apoyen a Putin en su pretendida cruzada contra el nazismo. Y es que nazi, en ruso, debe significar otra cosa.

defensiva y que no esconde afán de conquista alguno, algo que, a la vista de lo que ha ido ocurriendo en el último año, exige distorsionar gravemente la realidad. Pero, ¿no es así como nuestra Estrategia de Seguridad Nacional define la desinformación? Veamos entonces cómo lo hace.

DECISIONES DIFÍCILES

Mientras escribo este artículo, leo en la prensa unas declaraciones del presidente Putin que, como siempre, me ayudan a centrar las ideas¹⁸. Dice textualmente: «*Nosotros no iniciamos las acciones militares, intentamos ponerles fin. Las hostilidades fueron iniciadas por los nacionalistas en Ucrania y aquéllos que les apoyaron en 2014.*» Un lector desapasionado que siguiera las vicisitudes de la guerra tendría derecho a preguntarse... ¿pero no había dicho Putin que la invasión estaba justificada por el ejercicio de la legítima defensa ante una futura agresión de la OTAN?

Hay que reconocer que al Kremlin le ha costado decidir cuál es su mejor baza propagandística, cayendo repetidamente en el error, ya clásico, del niño que, acusado de romper un jarrón, contestó: «*yo no fui y además fue sin querer*»¹⁹. Pero, en general, siguiendo las líneas estratégicas en su día definidas por el general Gerasimov, en la campaña de información diseñada por Rusia suele prevalecer el deseo de que la comunidad internacional llegue a interpretar la invasión de Ucrania en clave de operación de paz, destinada a poner fin a una guerra civil o, en los momentos de más exaltación, un inexistente genocidio, disimulando el hecho de que fue la propia Rusia quien provocó las hostilidades en 2014 —entonces, por cierto, no era la OTAN, sino la UE la principal acusada de un desmedido afán expansionista— y quien las sostuvo durante ocho años.

(18) No puedo menos que recomendar a quienes albergan sentimientos de duda sobre las verdaderas causas de la invasión de Ucrania que lean la prensa rusa y, en particular, lo que Putin dice a sus conciudadanos. El traductor automático de Google funciona muy bien, aunque la palabra *strike* la interprete como «huelga».

(19) Moscú necesita el pretexto de la legítima defensa para lograr la abstención de China, ya que la política exterior de este país, centrada en la reintegración de Taiwán, exige el respeto de la integridad territorial de Ucrania. Sin embargo, este pretexto no le sirve para justificar la «anexión» del territorio ucraniano.

¿CÓMO VENDER UNA REALIDAD FALSA?

Aunque fui especialista en comunicaciones, las circunstancias de mi carrera me han llevado a dedicar mucho más tiempo a la guerra electrónica y, en particular, a la defensa antimisil. El pasado nos condiciona a todos y quizá sea por eso por lo que no puedo evitar relacionar la desinformación, que busca engañar a nuestros sentidos y alterar nuestra percepción de los hechos, con lo que en guerra electrónica se llama *soft kill*, concebido también para engañar, aunque en este caso las víctimas sean los sistemas de guía de nuestros misiles.

No hace falta ser un experto para darse cuenta de que, cuando el blanco es muy grande, el engaño es más difícil. Y Putin tiene mucho que ocultar. La tentación de recurrir al *hard kill*, representado en este caso por la amenaza de una Tercera Guerra Mundial, ha tenido que ser muy fuerte. Pero, aunque no se puede negar que lo ha intentado²⁰, el líder ruso no ha conseguido fijar en el punto de mira de sus misiles el elusivo blanco que supone la voluble atención de la opinión pública occidental. Puede, desde luego, redoblar el «ruido de sables» nuclear, pero sus pocos aliados, como China o la India, que toleran la invasión de Ucrania porque beneficia a sus propios intereses, no se han molestado en ocultar que por ese camino no van a acompañarle.

Centrémonos entonces en el *soft kill*. Pongámonos en el lugar del Kremlin y asumamos la difícil tarea de ocultar ese fondo oscuro de ambición, afán de gloria y maldad que subyace bajo toda guerra de conquista. Tenemos, como si estuviéramos a bordo de la «Álvaro de Bazán», tres tipos de engaños a nuestra disposición: los de seducción, confusión y distracción²¹. ¿Cómo utilizarlos para conseguir que el radar de la opinión pública pierda los fuertes ecos que producen la invasión de un país independiente, los crímenes de guerra o el bombardeo de las ciudades? Hace mucho que Joseph Goebbels nos dio una pista útil: «*si no puedes negar las malas noticias, inventa otras que las distraigan*».

(20) Frase, desde luego, retórica. Cada vez que el Kremlin nos ha amenazado con sus armas nucleares se ha apresurado a negar haberlo hecho.

(21) En realidad, a bordo de la «Álvaro de Bazán» solo hay dos tipos de señuelos radar, los de seducción y distracción. El tercer tipo, el de confusión, ha caído en desuso... pero a mí me permite redondear el argumento. ¿Será este un ejemplo de desinformación?

LA PRIMERA ALTERNATIVA: LA SEDUCCIÓN

Empecemos entonces usando el *chaff sierra*, que así se llama el concebido para la seducción. El principio de funcionamiento es tan sencillo como el viejo consejo de Goebbels. Solo hace falta crear una teoría para explicar la guerra que sea suficientemente atractiva para que el público occidental deje de creer lo que cada tarde ven sus ojos en los telediarios: un país poderoso enfrentado a otro más débil en una cruel y anacrónica guerra de conquista.

Justo es decir que el Kremlin ha empleado en el intento de crear una teoría que nos seduzca toda la imaginación que le ha faltado en los frentes de Ucrania. Los señuelos que ha empleado son numerosos y variados. Los portavoces rusos nos han dicho que «*Rusia es el único país que hace la guerra por compasión*»²², para liberar del nazismo a los ucranianos. Nos han asegurado que Ucrania, en realidad, no debiera existir porque es una creación de los bolcheviques o, alternativamente, una compañía paramilitar de la OTAN²³. El propio Putin la ha descrito con una pena quizá fingida como una colonia, una suerte de hijo pródigo que necesita la protección de la metrópoli rusa para sobrevivir en un mundo competitivo y difícil. Lavrov, en su diplomático papel de poli bueno, no se cansa de insistir en que las conquistas rusas no son tales, sino «*nuevas realidades territoriales*» que Rusia asume por responsabilidad, no por ambición²⁴. Luego, es cierto, afea un poco su mensaje cuando, obligado a ejercer el papel de poli malo para no dar impresión de debilidad, asegura que Ucrania no tiene más remedio que aceptar las pérdidas territoriales porque, si no lo hace de buen grado, el ejército ruso la obligará a hacerlo por la fuerza²⁵.

¿Hace falta más *chaff*? Parece que el Kremlin cree que sí. Cada vez que tienen la oportunidad, tanto los líderes políticos como los religiosos, que en la Rusia de hoy van de la mano, nos aseguran que rusos y ucranianos son hermanos, herederos de un pasado glorioso

(22) Nikolai Patrushev, secretario del Consejo de Seguridad de la Federación.

(23) Vassily Nebenzya, representante permanente de Rusia en el Consejo de Seguridad de la ONU.

(24) A veces me pregunto si soy el único al que, de todas las excusas que se han puesto para justificar la conquista de un país a lo largo de la historia, esta merece el premio a la peor.

(25) Así se expresaba Sergey Lavrov, ministro de asuntos exteriores, en declaraciones a la agencia TASS el 27 de diciembre. ¡Bien por la carta de NN.UU.!

en el que se combina el mítico recuerdo del Rus de Kiev, la herencia de los zares y el poderío alcanzado por la desaparecida Unión soviética. Solo la maldad de una Europa atea, rendida al nazismo y puesta al servicio del imperialismo norteamericano conspira para separar a quienes Dios creó como un solo pueblo.

Todas esas teorías, que complacen a la mayoría de los ciudadanos rusos, están demasiado teñidas de supremacismo para seducir a la mayoría de los observadores extranjeros. Pero todavía hay más munición en los lanzadores de *chaff*. ¿Por qué no contentar a los viejos luchadores anti-OTAN y culpar de la guerra a la expansión de la Alianza? El señuelo tiene agujeros, desde luego. La cumbre de Bucarest, en la que se abrió a Ucrania entre otros países una puerta para una futura integración, fue en 2008. El proceso real de adhesión no ha comenzado desde entonces, ni está previsto que lo haga. ¿Por qué la guerra ahora? ¿Por qué no invadir Finlandia o Suecia que, al contrario que Ucrania, sí entrarán en la Alianza en cuanto Turquía ceda a las presiones? La respuesta, si hay que creer a Putin, es que la invasión de Ucrania llegó justo a tiempo para prevenir el ataque a Rusia por la OTAN. Sin embargo, el propio líder ruso se contradice cuando asegura a quien quiera oírle que nadie puede atacar a su patria porque es él quien dispone de los mejores misiles nucleares del mundo.

Todavía queda un último señuelo, que probablemente no agrada al Kremlin porque rebaja a Putin al papel de un muñeco fácil de manipular, pero que se vende bien en algunos círculos de occidente, particularmente en los Estados Unidos. Es ahí donde ha nacido una original teoría desinformadora que consiste en defender que la Guerra de Ucrania ha sido provocada por el gigante norteamericano para debilitar a Rusia, someter a Europa y, de paso, exportar sus armas a todo el mundo²⁶. Se trata, obviamente, de un señuelo atípico, que confunde causa y efecto y que, más allá de veladas alusiones a la CIA, no se molesta en explicarnos como Biden pudo llegar a forzar una invasión que llegó a denunciar tratando de evitarla. Pero, aún así, tiene cierto éxito en los círculos más conspiracionistas, en los que también se da crédito a los chips que, para controlarnos, nos inoculan con las vacunas. Desde la perspectiva del Kremlin, la teoría presenta serias contraindicaciones, porque fácilmente conduce a la observación de

(26) La venta de armas aparece siempre que se acusa a los EE.UU. de provocar un conflicto. Pero, en este caso, no salen las cuentas. Cuesta creer que los EE.UU. hayan donado decenas de miles de millones de dólares a Ucrania para quizá vender unos pocos carros M1 por 10 millones de la unidad... mientras le niegan a Zelenski los aviones que cuestan más de 100.

que, si quienes se benefician son los Estados Unidos, entonces Rusia está perdiendo esta guerra. Y, si es así, ¿por qué no pararla?

¿Resulta eficaz el *chaff* de seducción? En este caso, no. Siempre es posible encontrar personas que, por afinidad ideológica, por lealtad a su bandera, por una pequeña compensación económica, para conseguir unos «likes» en las redes sociales o, simplemente, por llevar la contraria a la mayoría, fingirán dar crédito a cualquier teoría que promueva el Kremlin, por descabellada que pueda llegar a ser. Sin embargo, el apoyo político, militar y financiero a Ucrania continúa creciendo, lo que sugiere que ni los líderes occidentales ni la opinión pública de países como el nuestro han sido seducidos por el engaño.

LA SEGUNDA ALTERNATIVA: LA CONFUSIÓN

Aunque el orden natural de la reacción antimisil sea el contrario, es el momento de analizar el empleo contra nosotros del *chaff charlie*, diseñado para la confusión. ¿Cómo intenta el Kremlin confundir a los españoles? Para empezar, con el lenguaje. Así, si creyéramos en las palabras del líder ruso, tendríamos que interpretar la invasión como una «operación militar especial» para defender el Donbás²⁷, y llamaríamos «desnazificación» a un hipotético golpe de estado proruso en Kiev. La ocupación de las ciudades ucranianas se volvería «liberación» y, si esto nos parece viejo y poco imaginativo, suena en cambio bastante original la ya mencionada idea de camuflar la conquista de cuatro regiones ucranianas como la constatación de una «nueva realidad territorial». Por último, la única «guerra» que hay en Ucrania sería la que le ha declarado occidente a Rusia para debilitarla, o incluso destruirla, usando a los ucranianos como «ariete», palabra esta que, en ruso, debe significar otra cosa porque, al menos desde aquí, no parece que hayan sido las puertas de la Federación las que han sido derribadas por la fuerza.

¿No es suficiente el *chaff* de confusión? Lancemos más, que es mucho lo que hay que tapar. Si creyéramos lo que dice Putin, el ataque la red eléctrica ucraniana sería un objetivo militar proporcionado o, alternativamente, una represalia por el «atentado terrorista» contra el puente de Crimea. Ambas cosas han dicho, dependiendo del día.

(27) Esta denominación tiene mucha más importancia de la que parece porque, contra toda evidencia, niega la guerra. Y no importa que no nos la creamos, porque sobre ella se construirán los argumentos que Rusia espera emplear cuando llegue la falsa paz que ponga fin a la guerra real.

Por el contrario, proporcionarle a Zelenski medios para la defensa de sus ciudades contra los misiles rusos sería «echar gasolina al fuego».

No es solo el puente de Crimea y su elevado valor simbólico. Cualquier respuesta militar sobre objetivos en territorio ruso, aunque se trate del ataque a las bases de las que parten los bombarderos que lanzan los misiles sobre Kiev, sería para Putin un acto de «terrorismo». Por cierto, que he dicho bombarderos y he dicho mal, porque para el Kremlin tal palabra solo se utiliza en el contexto del «bombardeo de armas a Ucrania» para que pueda «destruir» la Federación Rusa. Y, ya que hablamos de eso, no podemos dejar de recordar las continuas advertencias de los líderes rusos, que aseguran que el suministro de armas a Ucrania nos convierte en parte del conflicto. Es raro, porque no ocurría lo mismo cuando los cazas soviéticos y sus misiles combatían a los aviones norteamericanos en Vietnam, cuando Putin armaba a Gadafi o a Saddam Hussein, o cuando Rusia entregaba a los rebeldes del Donbás el misil con el que destruyeron un avión comercial de Malasia Airlines en 2014.

¿Funciona el *chaff* de confusión? No demasiado bien. Las palabras con las que pensamos condicionan nuestras conclusiones, y conviene no tratarlas a la ligera. Pero los términos que promueve el Kremlin, que inundan la prensa rusa, rara vez aparecen en la occidental.

LA TERCERA ALTERNATIVA: LA DISTRACCIÓN

Sin embargo, todavía queda a Putin un tercer tipo de señuelos, el *chaff* delta, concebido para la distracción. Desplegado a tiempo, este es, seguramente, el más eficaz de los que se emplean en la defensa antimisil. Y, a mi juicio, es también el más útil de los que el Kremlin ha venido empleando en la Guerra de Ucrania. Incluso entre los ciudadanos de a pie, en su mayoría ajenos a los prejuicios ideológicos que hacen que algunas personas prefieran cerrar un ojo y mirar solo por el que más se ajuste a sus convicciones, puede el Kremlin presumir de haber logrado, como mínimo, algunos éxitos parciales.

Creo hablar por la mayoría cuando digo que Putin no nos seduce, no nos confunde, pero a veces nos distrae. Muchas de sus consignas, divulgadas por agentes profesionales y repetidas hasta la saciedad por voluntariosos aficionados, han sabido dar en el blanco de nuestra atención. El Kremlin ha logrado que discutamos sobre la validez de una hipotética promesa verbal —la de que la OTAN no iba a aceptar nuevos miembros de la Europa del Este— distrayendo nuestra atención de un documento que sí tenemos, la llamada Acta Fundacional

firmada por la Alianza y Rusia en 1997, que está a disposición de todos y —como puede comprobar el lector— no solo no limita el derecho de la OTAN a aceptar nuevos miembros, sino que incluye previsiones consensuadas para ellos. Ha sabido hacernos discutir sobre el cumplimiento de los acuerdos de Minsk en lugar de hablar del Memorándum de Budapest²⁸ que, si hubiera sido respetado por Rusia, habría hecho innecesario ningún tratado posterior.

Como premio a su tenacidad, digna de mejor causa, los portavoces del Kremlin quizá puedan presumir de haber alcanzado un hito que sería interesante comprobar: que haya más españoles que sepan por qué se convirtió Crimea en parte de Ucrania que los que puedan explicar cómo llegaron Ceuta o Melilla a ser parte de España. Cuestiones ambas, por cierto, igual de irrelevantes, porque no es la historia, sino el derecho a la integridad de las fronteras internacionalmente reconocidas lo que, de acuerdo con la Carta de las NN.UU. da legitimidad a las reclamaciones territoriales de unos y de otros. Ya sea en Ceuta, en Melilla o en Crimea.

Pero quizá lo más asombroso, el mayor logro de esta campaña para distraernos de la realidad, sea que algunos analistas próximos al Kremlin hayan sido capaces de hacer que no pocos españoles todavía se pregunten a quién beneficia la guerra y, con el clásico *cui prodest* como bandera, acusen a los Estados Unidos de ser el culpable del conflicto. Como si, en este caso, no estuviera claro quién ha agredido a quién. ¿Se imaginan a un criminal sorprendido *in fraganti*, con las manos llenas de la sangre de su víctima, insistiendo en que es necesario profundizar más, que es de ingenuos no ver que a quien de verdad beneficia el crimen que él ha cometido es a los herederos del agredido; o a la propia policía, que así justifica el sueldo de sus agentes; y quizá también al hospital que cobrará por curar las heridas? Pues para algunos, al parecer, la cosa tiene su lógica.

¿TENEMOS ALGO QUE APRENDER?

Después de todo lo dicho, ¿cómo valorar la campaña rusa? ¿Es un éxito o un fracaso? El Centro de Excelencia de Helsinki nos alerta de que Putin está ganado la guerra de la información entre sectores sus-

(28) Se trata del tratado, firmado por Yeltsin en 1994, por el que Rusia y los demás miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU garantizaban las fronteras de Ucrania, Crimea incluida, a cambio de la entrega de las armas nucleares heredadas de la Unión Soviética.

tanciales de la población, pero las cifras que aporta para demostrarlo no son excesivamente alarmantes²⁹. Sin negar acciones de mérito —y eso, obviamente, no puede entenderse como una valoración ética— lo más que parece haber conseguido el Kremlin es retrasar ligeramente el suministro de armas a Ucrania por parte de los gobiernos que la apoyan. Un logro insuficiente, que no contribuye demasiado a que Moscú alcance sus objetivos.

Sin embargo, la guerra continúa. ¿Qué cabe esperar en los próximos meses, probablemente años? No quiero contradecir a Bernard Shaw pero, si como muestra basta un botón, me parece curioso constatar que la luz verde a la próxima entrega de carros de combate occidentales al ejército ucraniano coincida con una activa campaña de desinformación que, paradójicamente, trata de convencernos de que ya estamos cansados de la guerra y de que no nos quedan armas que entregar. Una contradicción así sugiere que, al menos en ocasiones, el relato desinformador influye tan poco en la realidad como a la inversa. Tal desconexión, que no parece ser solo anecdótica, sugiere que la campaña de desinformación del Kremlin, incapaz de sintonizar con el mundo real, terminará convenciendo solo a los previamente convencidos.

Si se confirma ese fracaso, ¿será culpa del arma o de quienes la emplean? Bien podría decirse que, en este caso, se han utilizado las herramientas de desinformación para una misión casi imposible. No se puede hacer que los pueblos comulguen con ruedas de molino. No creímos a Bush en su día, cuando invadió Irak con el pretexto de las armas de destrucción masiva, y no creemos a Putin ahora en su alocada cruzada contra la OTAN y el nazismo. No es, pues, cierto que una mentira repetida mil veces se convierta en verdad —al menos no siempre— y eso limita un tanto lo que cabe esperar de la desinformación como arma de guerra. Es evidente que puede ayudarnos a conseguir algunos objetivos, pero no debe verse como la varita mágica que hará realidad todos nuestros deseos, sean cuales sean.

Más allá de que podamos entender mejor el arma y sus limitaciones, ¿cabe extraer alguna lección táctica del fracaso? Quizá sea pronto para eso pero, cuando menos, podemos aprender a evitar el más grave de los errores cometidos por el Kremlin. La campaña rusa se ha visto seriamente dañada por la necesidad de servir a dos señores

(29) Según sus datos, el 30% de los eslovacos cree que la guerra fue provocada por occidente, y el 18% de los húngaros culpan de la guerra a la opresión de la población de habla rusa en Ucrania. Son muchos, es verdad, pero siguen siendo una minoría.

con expectativas muy diferentes. Los mensajes dirigidos al pueblo ruso y a la comunidad internacional han sido a menudo opuestos y, en la era de las redes sociales, ni la más férrea de las censuras ha logrado ocultar unas contradicciones que han restado credibilidad a los señuelos lanzados desde Moscú.

Es posible que, al cometer este grave error, Putin y sus asesores hayan pecado de ingenuos. Pero no cantemos victoria. La guerra será larga y, mientras dure, el líder ruso lo seguirá intentando.